la firma del conde se precipitó hácia la puerta. Mas deteniéndose de repente:

—¿Y mi hija? preguntó.

—Id al punto á la prision, dijo el criado; encontrareis á vuestra hija en vuestra casa cuando volvais.

Mi madre salió corriendo, loca de alegría, fuera de sí de felicidad; atravesó las calles de Rosarno gritando:—«¡Su perdon, su perdon! ¡tengo su perdon!....» Llegó á la puerta de la prision, donde ya se habia presentado dos veces sin poder entrar. Quisieron arrojarla de allí por tercera vez, pero enseñó el pergamino, y la puerta se abrió.

La condujeron al calabozo de mi padre.

A nadie esperaba mi padre mas que al verdugo, y sin embargo, en vez de la muerte era la vida la que entraba.

Hubo en aquella morada de dolor un instante de indecible júbilo.

En seguida pidió mi padre detalles: cómo mi madre y mi hermana habian sabido la acusacion que pesaba sobre él, como habian llegado hasta el conde; en fin, cómo habia pasado todo.

Mi madre empezó la relacion; mi padre la escuchó, interrumpiéndola á cada momento con sus esclamaciones; poco á poco dejó de hablar, y solo pronunció algunas palabras con temblorosa voz. Muy pronto se calló, despues su cabeza descansó en sus dos manos, el sudor de la angustia le subió al rostro, y el rubor de la vergüenza abrasó sus megillas; en fin, cuando mi madre le dijo que despedida por el conde habia permitido á mi hermana reemplazarla, saltó lanzando un rugido como un leon herido, y se lanzó á la puerta; la puerta estaba cerrada.

Cogió la piedra que le servia de almohada, y la lanzó con todas sus fuerzas contra la ferrada puerta que creia tener derecho de que le abriesen.

El carcelero se acercó y le preguntó qué queria.

—¡Quiero salir! esclamó mi padre, ¡salir al instante mismo!

—Imposible, dijo el carcelero.

—¡Tengo mi perdon! esclamó mi padre. ¡Le tengo, hele aquí!

—Sí, pero en él se previene que no saldreis de la prision hasta mañana por la mañana.

—¡Mañana por la mañana! dijo el preso con una esclamacion terrible.

—Leedlo, si dudais de ello, añadió el carcelero.

Mi padre se aproximó á la lámpara, y leyó y volvió á leer el pergamino. El carcelero tenia razon; sea casualidad, sea error, sea cálculo, el dia de su salida se habia fijado para el dia siguiente por la mañana precisamente.

El preso no exhaló un grito, un gemido, un sollozo. Volvió á sentarse, mudo y sombrío, sobre su miserable lecho.

Mi madre se arrodilló delante de él.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada, respondió.

—Pero ¿qué temes?

—¡Oh! poca cosa.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué crees, qué temes, qué piensas?

—Pienso que Constanza es indigna de su padre, y nada mas.

—¡Pero eso es imposible!

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Me han dicho que iba á salir en seguida que yo saliera. Me han dicho que nos esperaria en nuestra casa.

—Pues bien, vé á casa á ver si está, y si está vuelve con ella.

—Vuelvo, dijo mi madre.

Y llamó á la puerta y pidió la dejasen salir. El carcelero la abrió.

Fué corriendo á la casa. La casa estaba desierta; Constanza no habia vuelto á aparecer.

Fué precipitadamente á palacio y preguntó por su hija. La contestaron que no sabian lo que queria decir.

Volvió á su casa. Constanza aun no habia vuelto.

Esperó hasta la noche. Constanza no pareció.

Entonces pensó en su marido, y se dirigió de nuevo hácia la cárcel; pero ahora iba con paso lento y tan silenciosa como si hubiese seguido al cementerio el cadáver de su hija.

Como la vez anterior, la abrieron las puertas.

Encontró á su marido sentado en el mismo sitio; aunque habia reconocido sus pasos, no levantó la cabeza. Se tendió á sus pies y reclinó sin decir una palabra la frente sobre sus rodillas.

—¿Comprendeis, señora, qué noche tan infernal seria aquella para los dos desgraciados seres?

Al dia siguiente, al rayar el dia, abrieron la prision y anunciaron al reo que estaba libre.—Ya os lo he dicho, añadió el desconocido prorumpiendo en una terrible carcajada: ¡oh! ¡el conde Carracciolo es un noble señor, y que cumple religiosamente su palabra!....

Los dos ancianos salieron apoyándose uno en otro. Una sola noche habia aproximado á los dos diez años á la tumba.

Al dar vuelta á la esquina de la calle, desde donde se veia la casa, vieron á Constanza que les esperaba arrodillada en el dintel de la puerta.

No apresuraron el paso para aproximarse á su hija; su hija no se levantó para aproximarse á ellos.

Cuando estuvieron cerca de ella, Constanza unió sus manos y no pronunció mas que una palabra.

—¡Perdon!

Por un movimiento instintivo, mi madre se interpuso entre su marido y su hija.

Pero él la separó bondadosamente.

—¡Perdon! dijo alargando la mano á Constanza, ¡perdon! ¿y por qué perdon, hija mia? ¿no eres un ángel? ¿no eres una santa? ¿no eres mas que todo eso, no eres una mártir?

Y la abrazó.

En seguida, cuando la madre llevándose á su hija á lo interior de la casita, le dejó solo en la primera habitacion, descolgó su carabina, se la puso á la espalda, y se dirigió hácia el castillo.

Pidió permiso para dar gracias al conde.

El conde hacia una hora habia marchado á Nápoles.

Pidió permiso para dar gracias á Raimundo.

Raimundo habia marchado con su hermano.

Volvióse entonces á la casita, y arrimó su carabina á la chimenea. En seguida Constanza y su madre oyeron un ruido como el de un cuerpo pesado que habia caido; acudieron las dos, y encontraron al anciano tendido sin conocimiento en medio de la habitacion.

Le colocaron en la cama; mi hermana quedó junto á él, mientras mi madre iba á buscar un médico.

El médico movió la cabeza; sin embargo, sangró á mi padre. A la noche volvió el anciano á abrir los ojos.

Cuando volvia á abrir los ojos, yo pisaba el umbral de la puerta.

No vió á mi madre ni á mi hermana; á nadie vió mas que á mí.

—¡Hijo mio, hijo mio! esclamó, ¡oh! ¡es la venganza divina la que te trae!

Me arrojé en sus brazos.

—Salid, dijo á mi madre y á mi hermana, y dejadnos solos.

Mi madre obedeció, pero mi hermana quiso quedarse.

Entonces el anciano se incorporó en el lecho, y señalando á Constanza su madre que se alejaba:

—Seguid á vuestra madre, dijo con uno de esos gestos supremos que exigen ser obedecidos; seguid á vuestra madre, si quereis que os siga mi bendicion.

Constanza besó la mano del moribundo, se arrojó á mi cuello llorando, y siguió á mi madre.

Dejé mi carabina, mis pistolas y mi puñal sobre una mesa, y fuí á arrodillarme junto al lecho del anciano.

—Es la venganza divina la que te trae, repitió por segunda vez. Escúchame, hijo mio, y no me interrumpas; porque lo conozco, no me quedan mas que algunos instantes de vida: escúchame.

Le hice seña de que podia hablar.

Entonces me refirió todo.

Y á medida que hablaba, su voz se animaba, la sangre refluia á su rostro, la cólera rebosaba en sus ojos; se hubiese dicho que estaba en la plenitud de sus fuerzas, de su vida y de su salud. Pero al pronunciar la última palabra, cuando llegó al momento en que al volver á su casa, y habiendo puesto la carabina junto al hogar, creyó que ya tenia que renunciar á su venganza, exhaló un grito ahogado, y cayó su cabeza sobre la almohada.

Habia muerto.

Estuve mucho tiempo sin creerlo, por mucho tiempo le sacudí los brazos, mucho tiempo le llamé; al fin sentí sus manos irse enfriando entre las mias, al fin ví empañarse sus ojos.

Se los cerré, le crucé las manos sobre su pecho, le abracé por última vez, y eché por encima de su cabeza su sábana convertida en mortaja.

En seguida fuí á abrir la puerta del fondo, y haciendo seña á mi madre y á mi hermana de que se aproximaran:

—Venid, las dije, venid á orar junto á vuestro marido y vuestro padre muerto.

Las dos mugeres se arrojaron sobre el lecho mesándose los cabellos, y prorumpiendo en sollozos.

En tanto colocaba yo mis pistolas y mi puñal en el cinto, y echándome á la espalda la carabina, me dirigí á la puerta.

—¿Dónde vas, hermano? esclamó Constanza.

—A donde Dios me lleve, respondí.

Y antes que tuviese tiempo de oponerse á mi marcha, atravesé el umbral y desaparecí en la oscuridad.

Vine directamente á Nápoles.

Me habian dicho que érais vos no solo hermosa entre las hermosas, sino tambien justiciera entre las reinas.

Vine á Nápoles con la intencion de pediros justicia.

—¡Cómo! ¿no os la habeis hecho por vos mismo? preguntó Isabel.

—Una puñalada no era bastante para semejante crímen, señora; es el patíbulo el que yo queria. Antoniello Carracciolo ha deshonrado mi familia; yo quiero la deshonra de Antoniello Carracciolo.

—Es muy justo, murmuró la regente.

—Pero para mayor seguridad todavía, como supiese en el camino que se habia puesto precio á la cabeza de Rocco del Pizzo, y como leyese al llegar á Nápoles en una esquina del Mercato Nuovo el edicto por el que se ofrecian cuatro mil ducados al que le entregase muerto ó vivo; para mayor seguridad, digo, me presenté al gefe de la policía, ofreciendo entregar vivo á ese hombre á quien buscais por todas partes y á quien en ninguna podeis encontrar. Pero el gefe de la policía no quiso concederme lo que le pedia, es decir, una audiencia de V. A. Entonces resolví conseguir mi objeto por otro medio; robé en el camino de Resina á Torre del Greco.

—¿Entonces érais, pues, vos, y no Rocco del Pizzo?....

—Entonces robé en el camino de Aversa....

—¿Erais, pues, vos, y no el que se creia?....

—Entonces asesiné en el camino de Amalfi.

La muerte de Raimundo era el principio de mi venganza, porque estaba resuelto á recurrir á la venganza ya que se me negaba la justicia.

—Está bien, dijo la regente; Dios ha querido que yo os encuentre: todo se dispone bien.

—Todo se dispone bien, dijo el desconocido.

—¿Y os manteneis en el compromiso de entregarme á Rocco del Pizzo?

—Me mantengo.

—¿Sabeis dónde está?

—Lo sé.

—¿Respondeis de cogerle?

—Respondo de ello.

—¿Y me le entregareis vivo?

—En cambio de Carracciolo muerto: ya lo sabeis, es mi condicion, señora.

—Está dicho; perded cuidado. ¿Pero quién me responderá de vos de aqui á entonces?

—Es muy sencillo: enviadme preso; solo si me hareis conducir por dos guardias á algun balcon desde donde pueda asistir al suplicio de Carracciolo. Despues, una vez muerto Carracciolo, os entregaré á Rocco del Pizzo.

—Pero ¿y si no me le entregais?

—Mi cabeza responderá de la suya; os lo he dicho y lo repito.

—Es verdad, dijo la regente, lo habia olvidado.

Y dió palmadas, á las que acudió el capitan de guardias.

—Haced inscribir á este hombre en el registro de la Vicaría, dijo.

El capitan entregó el desconocido á dos guardias, y volvió á entrar.

—Ahora, continuó la regente, haced arrestar al conde Antoniello Carracciolo y conducidle al castillo dell'Ovo.

El capitan se presentó en el palacio de Carracciolo; pero sospechando sin duda algo del peligro que le amenazaba, Carracciolo habia desaparecido.

La regente al saber aquella noticia que le confirmaba la culpabilidad de su favorito, mandó al punto á los nobles del juzgado de Cápua, donde estaban inscritos los Carracciolo, le entregasen el culpable, dándoles tres dias solamente para cumplir aquella órden.

Pasaron los tres dias, y como al fin del tercero no hubiese vuelto á aparecer el conde, al dia siguiente vió Nápoles al despertarse cincuenta obreros ocupados en demoler el palacio de Antoniello Carracciolo, situado frente á la catedral.

Cuando el palacio estuvo completamente arrasado, llevaron un arado, surcaron con él el sitio donde se habia elevado, y sembraron de sal los surcos.

Despues se comenzó á demoler el palacio situado á la derecha del suyo: era el palacio del príncipe Carracciolo, su padre.

En seguida comenzaron á demoler el palacio de la izquierda: era el palacio del duque Carracciolo, su hermano mayor.

Demolido el palacio, se hizo en el sitio que ocupaba lo que se habia hecho con los otros dos.

La regente mandó que se hiciese lo mismo con los palacios de todos los Carracciolo, hasta que los Carracciolo hubiesen entregado al culpable.

En la noche que siguió á esta órden, Antoniello Carracciolo se constituyó él mismo prisionero.

Al dia siguiente su padre y sus dos hermanos se presentaron en palacio, pero la regente mandó contestar que no estaba visible.

Al otro dia escribió el prisionero á la duquesa para solicitar de ella la gracia de una entrevista; pero la duquesa mandó le dijesen que no podia recibirle.

Unos y otros renovaron durante ocho dias sus tentativas; pero ni unos ni otros obtuvieron el resultado que deseaban.

La mañana del noveno dia, los habitantes del Mercato Nuovo, con una admiracion mezclada de espanto, vieron en la plaza un patíbulo que la víspera no estaba allí. El fúnebre tablado habia salido de las sombras, sin que nadie le viese crecer, sin que nadie le oyese construir.

Habia en uno de los estremos del cadalso un altar y en el otro un tajo; entre el tajo y el altar estaban á un lado un sacerdote, al otro el verdugo.

Nadie sabia para qué era aquel patíbulo, aquel verdugo, aquel sacerdote, aquel tajo y aquel altar.

A poco se vió llegar por el malecon que va del muelle al Mercato Nuovo un hombre conducido por dos guardias. Se creyó al principio que aquel hombre era el héroe del drama que allí iba á representarse; pero entró seguido de sus dos guardias, en una de las casas de la plaza. Un instante despues volvió á aparecer, siempre entre sus dos guardias, á la ventana de aquella casa que daba frente al cadalso. Se habian engañado acerca de la importancia de aquel hombre, que al parecer debia ser simple espectador del suceso.

Un instante despues se oyeron voces á un tiempo por el malecon que va del puente de la Magdalena al Mercato Nuovo y en la calle del Suspiro. Dos cortejos avanzaban; el de la calle del Suspiro conduciendo á un jóven de buena presencia, el del muelle conduciendo á una linda jóven.

El jóven de buena presencia era Antoniello Carracciolo.

La linda jóven era Constanza.

Se presentaron los dos en la plaza al mismo tiempo, los dos se aproximaron al cadalso con paso igual, los dos subieron á él juntos; solo que Constanza subió por el lado del sacerdote, y Antoniello por el del verdugo.

Llegados á lo alto, Antoniello hizo un movimiento para dirigirse hácia Constanza, pero el verdugo le detuvo; Constanza dió un paso para avanzar hácia Antoniello, pero el sacerdote lo impidió.

Entonces el escribano desarrolló un pergamino y le leyó en alta voz. Era el contrato de matrimonio del conde Antoniello Carracciolo con Constanza Masalli, contrato por el que el noble desposado daba á su futura esposa, no solo todos sus títulos, sino tambien todos sus bienes.

Aunque la plaza estaba llena de gente, aunque ese gentío refluia á las calles circunvecinas, á pesar de que los balcones parecian construidos de cabezas y los tejados de las casas cargados de una mies dotada de vida, en el momento en que el escribano desplegó el pergamino, se hizo tal el silencio en aquella multitud, que ni una palabra del contrato de matrimonio se perdió.

Asi que aquella multitud, terminada la lectura, prorumpió en aplausos. Comenzábase á comprender que, á pesar de la diferencia de condiciones, la regente habia ordenado que el conde volviera á la aldeana el honor que la habia quitado.

En cuanto á los dos desposados, que probablemente hasta entonces no habian sabido de qué se trataba, pareció que cobraban ánimo; y cuando el sacerdote que habia subido al altar les hizo seña de que se aproximasen, fueron con paso bastante firme á arrodillarse ante él.

Inmediatamente comenzó la misa, acompañada de todas las ceremonias del matrimonio. El sacerdote preguntó á cada uno de los jóvenes si tomaba al otro por esposo, y los dos, con una voz inteligible pronunciaron el sí solemne. En seguida el ministro de Dios puso á Antoniello el anillo nupcial, y Antoniello le colocó en el dedo de Constanza.

Entonces se arrodillaron los dos de nuevo, y el sacerdote los bendijo.

Todos los circunstantes lloraban de alegria y de emocion al ver aquel estraño espectáculo, y bendecian á su vez á los dos jóvenes esposos cuando de repente, el mismo ministro que habia pronunciado las santas palabras del matrimonio, entonó con voz sorda las oraciones para los moribundos. Al oir aquel cambio, se estremeció toda aquella multitud y circuló entre ella un murmullo de terror, porque comprendia que no se habia ejecutado mas que la mitad del espectáculo, y que el desenlace iba á ser una catástrofe terrible.

En efecto, cuando Antoniello, ignorando como los demas el destino que le estaba reservado, echaba en derredor de sí una mirada de espanto, los dos ayudantes del ejecutor se apoderaron de él, y antes que tuviese tiempo de hacer un movimiento para defenderse, le ataron las manos, y mientras el verdugo desenvainaba la espada, condujeron al reo delante del tajo, que como hemos dicho, estaba al otro estremo del patíbulo frente al altar, y le obligaron á arrodillarse.

Constanza quiso lanzarse hácia Antoniello, pero el sacerdote detuvo á la jóven presentando un crucifijo entre ella y su esposo.

Vió entonces Antoniello que todo habia concluido para él, y comprendió que estaba irrevocablemente sentenciado; ya no pensó, pues, mas que en morir bien. Levantó la frente, dijo en voz alta una plegaria; despues volviéndose hácia Constanza medio desmayada:

—Hasta que nos veamos en el cielo, le dijo, y colocó su cuello en el tajo.

En el mismo instante la espada del ejecutor brilló como el rayo, y la multitud, arrojando un grito terrible, hizo un movimiento de retroceder; la cabeza de Carracciolo, separada del cuerpo de un solo golpe, habia saltado del tajo al suelo, y rodaba entre los pies de los que estaban mas próximos al patíbulo.

Dos cofradías religiosas se aproximaron entonces al cadalso: una de hombres, otra de mugeres. La primera se llevó el cadáver de Carracciolo decapitado, la segunda el cuerpo de Constanza desmayada.

La multitud siguió sus pasos, y á los pocos instantes se encontró la plaza enteramente sola; no quedaba mas que el terrible aparato, solitario, sangriento y en pie; permaneciendo allí para atestiguar sin duda á la poblacion de Nápoles que todo lo que acababa de ver era una realidad y no un sueño.

Cuando la plaza estuvo desocupada, el hombre que habia asistido á la ejecucion entre sus dos centinelas, bajó con ellos y tomó el camino del malecon. Pero en lugar de llevarle á la Vicaría, los soldados le condujeron al Palacio real.

Llegado allí le introdujeron en las mismas habitaciones que la primera vez, y conducido al mismo oratorio encontró en él á la regente, en el mismo sitio, en pié junto al reclinatorio, y la mano estendida sobre los Evangelios. Los soldados entraron con él y se colocaron uno á cada lado de la puerta.

—¡Y bien! dijo Isabel de Aragon, ¿he cumplido mi juramento?

—Religiosamente, señora, respondió el desconocido.

—Ahora os toca á vos cumplir la vuestra.

—Estoy pronto.

—¿Dónde está el hombre á cuya cabeza se ha puesto precio?

—Delante de V. A.

—Es decir, que Rocco del Pizzo....

—Soy yo, señora.

—Ya lo sabia, dijo Isabel.

—Entonces, replicó el bandido, ¿qué dispone de mi V. A.?

—Que sirvais de padre á la huérfana y de protector á la viuda.

—¿Cómo, señora?... esclamó Rocco del Pizzo.

—No sé yo hacer justicia ni gracia á medias, replicó la regente.

Despues, volviéndose hácia los soldados:

—Este hombre está en libertad de ir donde quiera, dijo; dejadle, pues, salir.

Y se volvió á entrar en sus habitaciones con paso tranquilo y seguro, con paso de reina.

Constanza volvió á Calabria con su hermano, porque todavia tenia, como se recordará, su pobre madre en Rosarno.

Rocco del Pizzo la siguió.

Pero cuando murió su madre, lo cual sucedió á la noche siguiente; ella se volvió á Nápoles, entró en el convento que la habia ya recogido, pagó su dote, y legó lo demás de la inmensa fortuna que la habia dejado su marido á la pobre comunidad, que se encontró rica de un solo golpe.

Rocco del Pizzo siguió á su hermana á Nápoles.

Pero el dia en que esta pronunció sus votos, cuando comprendió que no le necesitaba ya, y que el Señor le habia reemplazado junto á ella, desapareció y nadie le volvió á ver despues, ni se supo á punto fijo lo que fué de él.

Créese que se adhirió al partido de César Borjia, y que fué muerto al lado de aquel grande hombre, y al mismo tiempo que él.

VIII.

POUZZOLES.

Subimos á nuestro corricolo, dejando á la derecha el lago de Agnano, acerca del que hay poco que decir; entramos en la antigua via romana que conduce desde Nápoles á Pouzzoles, y que se llamaba la via Antonina. No cabia equivocarse, conserva el antiguo lecho de piedras volcánicas, está todo él costeado de sepulcros ó mas bien de ruinas sepulcrales, habiendo quedado á través de las edades dos ó tres tan solo como marcas seculares que permanecen en pie en el camino infinito del tiempo.

Nos detuvimos en el convento de capuchinos. Aqui es donde han trasportado la piedra en que San Genaro sufrió el martirio; esta piedra está todavía hoy manchada de sangre, y cuando el milagro de la licuefaccion se verifica en la capilla del Tesoro de Nápoles, la sangre que mancha aquella piedra, del mismo origen que la que contienen las dos redomas, se liquida, segun dicen, y aun hierve.

Esta iglesia encierra ademas una efigie bastante hermosa del santo.

De la iglesia de los capuchinos á la Solfatara no hay mas que un paso. Nos habian preparado para la vista de ese antiguo volcan, nuestro viage por el archipiélago lipariota. Encontramos los mismos fenómenos: aquel terreno lleno de bocas que producen sonidos, y que á cada paso parece que os va á devorar en sus catacumbas arrojando llamas: aquellas humeantes grietas, á través de las que sale un vapor espeso é infecto; en fin, en los sitios en que esos vapores son mas condensados, esas tejas y ladrillos preparados para recibir allí la sal amoniaco que de ellas se sublima, y que se recoge sin otro gasto todas las madrugadas y todas las posturas del sol.

La Solfatara es el *Forum vulcani* de Strabon.

A pocos pasos de la Solfatara están los restos del anfiteatro llamado tambien *Carceri*, nombre que ha prevalecido al otro, y que recuerda las persecuciones cristianas de los siglos segundo y tercero. En este anfiteatro es donde el rey Tiridates, conducido por Neron que le hacia notar la fuerza y destreza de sus gladiadores, queriendo mostrar cuál era su fuerza y su destreza, cogió un venablo de mano de un pretoriano, y lanzándole á la arena, mató dos toros de un golpe.

Segun todas las probabilidades, tambien es en aquel circo donde San Genaro, habiéndose librado de las llamas y de las fieras, fué decapitado, lo cual permitió Dios, como hemos dicho, porque era el curso ordinario de la justicia. Una de las cuevas que ha hecho dar al monumento el nombre de *Carceri*, erigida en capilla, es la que la tradicion asegura haber servido de prision al mártir.

Cerca del *Carceri* está la casa de Ciceron, ese mártir de una reaccion política, así como San Genaro lo fué de una gran revolucion divina.

Esa casa era la vila predilecta del autor de las *Catilinarias*. La preferia á su vila de Gaeta, á su vila de Cumas, á su vila de Pompeya, porque Ciceron tenia vilas en todas partes. En aquel tiempo, como hoy, la profesion de abogado y la de orador daban á las veces, segun parece, escelentes productos.

Verdad es que tambien tenian sus disgustos, como por ejemplo, tener despues de su muerte la cabeza y las manos clavadas en la tribuna de las arengas, y la lengua atravesada por una aguja de oro. Pero en fin, eso no sucedia á todos los abogados, testigo Salustio. Y tambien, ¿por qué diablos se habia Ciceron mezclado en negocios que no le atañian, y se habia permitido inconveniencias acerca de los cabellos postizos de Libia? Meditenlo bien, se acaba comunmente por descubrir que en las grandes desgracias que nos suceden, siempre hay en nosotros alguna culpa.

Pero entretanto, Ciceron pasó muy buenos y apacibles dias en aquella vila que lindaba con los jardines de Pouzzoles, y donde com-

Vista de Pouzzolles, *pág.* 464.